

# Divagaciones de autocrítica

(De Revista de Occidente. Madrid).

= Concluye. Viene de la entrega anterior =

## *Pérez Galdós y la novela histórica española.*

Así como uno de estos críticos aficionados a divisiones y subdivisiones me mete en el saco de la generación de 1898, otro me considera, por haber escrito novelas históricas, como un seguidor e imitador de Pérez Galdós.

No hay tal cosa. Yo, aunque le conocí a Pérez Galdós, no tuve gran entusiasmo ni por el escritor ni por la persona. Era, indudablemente, un novelista hábil y fecundo, pero no un gran hombre. No había en él la más ligera posibilidad de heroísmo. Nadie tiene la culpa de eso: ni los demás ni él.

La verdad es que la gran genialidad española acabó en Goya. Después no hemos tenido más que hombres de segunda fila.

Algunos esperan un refuerzo de la prolongación de España en América, es decir, de gran parte de la América latina. Yo no lo espero. A pesar de las adulaciones interesadas de algunos escritores de aquí y de allá, creo que, con relación a la cultura, la América latina actual no es nada, y que si llega a ser algo con el tiempo, cosa

que no lo parece, su aportación, probablemente, no tendrá nada que ver con España ni con los demás países latinos de Europa.

Pero no quiero perderme en digresiones, y sigo refiriéndome a Galdós.

En España se había de Pérez Galdós como si hubiera hecho una innovación al escribir la novela histórica contemporánea.

No hay tal innovación. Antes que él habían escrito novelas históricas Espronceda, Larra, Patricio de la Escosura, Cánovas, Trueba, Navarro Villoslada, Bécquer y otros muchos a la manera de Walter Scott. Ciertamente casi todos estos autores habían escrito relaciones de tiempos remotos, pero se habían hecho también novelas históricas contemporáneas de las guerras carlistas y de las conspiraciones liberales por Ayguales de Izco, Villergas y por otros muchos autores de escasa importancia, hoy desconocidos por la generalidad, que

tomaron como personajes de sus novelas a Cabrera, a Zurbano, a María Cristina, al conde de España, a Sor Patrocinio y hasta a mi pariente Aviraneta, a quien yo he intentado sacar del olvido en mis últimos libros.

Yo no fui lector asiduo de Galdós. Su manera literaria no me entusiasmaba ni produjo deseo de imitarla.

En mis novelas, y en ésta, *Zalacáñ el Aventurero*, que tenéis vosotros como libro de lectura de castellano moderno, seguramente no se nota su influencia.

En cambio, se nota, sí, la de las novelas de aventuras, porque yo he sido en mi juventud gran lector de folletines de evasiones célebres, de relatos de viajeros y expectador de melodramas truculentos.

## *Condiciones de la novela histórica.*

La novela histórica ha tenido siempre relación íntima con la novela romántica. Una y otra aparecieron arrimadas al seno de las tradiciones de la Edad Media. Gran parte del romanticismo ha tenido su base en la Historia.

La tendencia clásica también se ha inspirado en hechos históricos, generalmente anteriores, de una antigüedad más remota, pero ha pretendido al mismo tiempo ser antigua y actual. Así, en el personaje de una tragedia el autor parece que quiere demostrar que, a pesar de ser su héroe griego, judío o romano, discurre como un hombre del día. El arte clásico pretende hacer creer que el hombre no cambia. Por eso prescinde deliberadamente del carácter, de los accesorios, de lo pintoresco, para dar una impresión de continuidad.

En cambio, el romanticismo se basa en todas las diferencias, afirmando la incompreensión de un hombre de una época por el de otra, de un hombre de una nación por el de otra; lo que yo creo en el fondo más verdadero.

Un crítico y académico español, que no creo que se haya distinguido por su penetración, el señor Casares, ha dicho que yo tengo la tendencia de hacer novela histórica de una época,



Pío Baroja

(Retrato de Bernardino de Pantorba).